

Escribir

Luis García Trapiello

Escribir ¿para qué? ¿para quién? Es esa sensación, entre amarga y salobre difícil de definir, la que uno tiene cada vez que alguien le pide que escriba algo.

Siempre se piensa que nadie lo va a leer o que si alguien lo lee, nada le va a aportar a su conocimiento, que lo escrito va a quedar lejos de su sentimiento. Se escribe tanto, tantos publican, que uno piensa que todo ya no es sino solo ruido, aunque el discurso construido sea ordenado y claro.

¿Acaso no sería mejor contar chistes? Arrancar una sonrisa en estos tiempos, y en cualquier tiempo, siempre es algo que se agradece, pero también es cierto que repugna que nos quieran hacer reír siempre, como si la vida no fuese vida sino teatro barato. Podía hacerme con uno de esos libritos que recopilan las ocurrencias graciosas y de él extraer unos cuantos chistes: lo de educación para la ciudadanía en inglés, lo del chino mandarín en las escuelas valencianas, también lo de los pequeños ordenadores haciendo miopes por el mundo o aquel de “al tonto, vago o malo, palo porque para la escuela dios los hizo listos, buenos y esforzados” que propone el PP como esencia del pacto. Pero no estoy seguro de que eso no haga llorar.

¿Y por qué no guardar silencio? De él nos llega muchas veces el conocimiento. Esa es la tentación que tiene uno y que, seguro, muchos animarían a que cayese en ella. Pero ¿cómo se guarda silencio en una revista? Además de que nadie lo oiría y de él nadie aprendería. Esto no deja de ser una simple crónica bufa de cómo se ha escrito una columna.